

Poesía religiosa del siglo XVII

ÁNGELES GARCÍA CALDERÓN
Universidad de Córdoba

INTRODUCCIÓN

Procede en primer lugar que nos preguntemos si es pertinente el concepto de siglo aplicado a la historia de la poesía (de igual modo que si lo hiciéramos con la narración o el teatro). Es decir, ¿acaso es lícito optar por la división en siglos, por cómodas y útiles que éstas sean? Sabido es que a veces el fin de un período y el inicio de otro no guardan relación alguna con los temas que pueden ser representativos de un país; más aún si esos temas los extendemos a varios países, en los que las cronologías no tienen por que ajustarse a un eje común, sino que dependen de los conflictos internos o de las relaciones con países limítrofes, etc. No obstante, ningún rasgo se muestra más representativo de una época, ni lo clarifica mejor con vistas al lector, que el de la simple y pura cronología histórica con su parcelación en períodos de años o décadas, movimientos, estéticas, temáticas y otras subdivisiones similares. En el caso particular de Francia, la división en del XVII se acepta de un modo muy lógico, dado que la fecha de 1598 y el Edicto de Nantes, que marca el final de las guerras religiosas y la consolidación del reinado de Enrique IV, parece cerrar una época y abrir otra.

Como punto de partida válido parece lógica la afirmación que defiende que el siglo XVII francés, del mismo modo que el XVI español, representa una edad de oro en la historia de la espiritualidad cristiana, siendo tanta su influencia de los maestros espirituales de los dos países que se ha extendido hasta hoy. Desde el punto de vista formal, los contrastes que pueden descubrirnos la poesía en un siglo que asume plenamente el uso y el tratamiento del verso, que distingue la poesía de la prosa, son herencia e innovación, tradición y libertad; y es que en este siglo el poeta es también un artesano, un "technicien" del verso, afirmándose la supremacía del alejandrino sobre todo en los sonetos, cuya abundancia es total en la primera mitad del siglo. "Siècle des saints" que contempla la fundación de las grandes órdenes como los Oratorianos, los Sulpicios, los Carmelitas, las Ursulinas o las Salesas, así como la aparición en Francia del jansenismo. El siglo XVII es el tiempo de una producción poética religiosa muy importante que, cuantitativamente, triunfa ampliamente sobre las obras profanas, tanto más cuando casi todos los poetas, incluidos los mundanos, componen pronto o tarde versos piadosos. Prosiguiendo la obra mística emprendida a finales del XVI, los poetas llevan a cabo un barroco de persuasión que trata de conmover los sentidos por medio de una retórica de imágenes inspirada

en los *Ejercicios espirituales* de Ignacio de Loyola. Los autores místicos se sitúan en el cuadro escolástico de la "allégorèse"¹, que juega constantemente con los cuatro sentidos del relato: el sentido literal, el sentido alegórico (que en una perspectiva figurativa interpreta las correspondencias entre el Antiguo y el Nuevo Testamento), el sentido moral o tropológico que extrae una lección de este *exemplum* y por último el sentido analógico, que muestra en aquello que este relato, que habla de la salvación, concierne a la vida eterna del "méditant", invitado a aplicarlo espiritualmente. Proponen cuadros de meditación que permiten revivir el episodio bíblico, en una yuxtaposición de los cuatro sentidos de La Escritura, donde el alcance escatológico del relato bíblico está actualizado conforme a la vida espiritual de cada uno, y que intenta una fusión, bajo el sello de La Palabra, entre el autor, el lector y Jesucristo. Del mismo modo que ocurre en la epopeya mística, la poesía contemplativa deroga las distancias geográficas en un intento de saltarse las contingencias del mundo que se sitúa de entrada en la trascendencia eterna, bajo la mirada de Dios, en un ideal de fusión mística. El poeta, verdadero guía espiritual, recurre a una retórica oral insistente que se asimila a la predicación y, por medio de apóstrofes y antítesis, muestra el escándalo del mundo, la vanidad de la carne y la felicidad celestial, tradicionalmente evocada según el léxico del amor profano en un relato que actualiza el episodio bíblico, eternamente en correspondencia con el presente del "méditant" imbuido por la Divina Providencia. Digamos que esta retórica barroca de persuasión se dirige a los sentimientos para arrebatar el alma, lograr la adhesión y obtener la conversión.

Si en Francia por cuestiones de vecindad parece clara la influencia de los místicos españoles en todo el período barroco, ya se ha tratado en alguna ocasión la similitud o concordancia de temas y desarrollos entre aquellos y los poetas metafísicos ingleses del XVII, como ya hiciera Cernuda:

Es probable que alguno de los poetas metafísicos ingleses conociera la poesía culterana y conceptista española; entre ellos Donne y Marvell, y acaso Crashaw, por lo menos, sabían español. Pero los españoles limitaban la función del ingenio a la búsqueda de asociaciones sorprendentes, apenas sin intervención racionalista.²

¹ Modo de escritura por personificación o designación emblemática.

² Luis Cernuda: *Poesía y Literatura I y II* (Barcelona, Seix-Barral, 1971 -1ª ed. 1960, p. 83. En un artículo titulado "Luis Cernuda y la poesía de la meditación" (*La Colmena*, nº 35/36, 2002), José Ángel Valente pondrá de relieve la continuidad entre los místicos españoles, Unamuno y Cernuda en este tipo de poesía "meditativa" que proviene de la mística española.

Se trata de lo que ya denominara Unamuno "poesía meditativa", que merecería a mediados del siglo XX un profundo estudio³, resumido así por Valente:

Las cualidades desarrolladas por el "arte de la meditación" extendida y popularizada por la Contrarreforma son esencialmente las mismas que la crítica del siglo XX ha admirado en Donne, en Herbert o en Marvell. Para el citado autor (Martz), la poesía metafísica del siglo XVII es el resultado del influjo del arte continental de la meditación en las tradiciones poéticas inglesas. Martz estudia con penetradora capacidad de análisis y sensibilidad particularmente aguda cómo los esquemas poéticos de Donne o Herbert, por ejemplo, se ajustan a la estructura meditativa de los ejercicios ignacianos o a las prácticas de la meditación recomendadas en los tratados más difundidos de la época: los de Fray Luis de Granada, Fray Diego de Estella, Gaspar de Loarte, Luis de la Puente o —más adelante— San Francisco de Sales.⁴

Y es que, como el poeta de Orense sigue afirmando:

El eje de la práctica meditativa es la combinación del análisis mental con la volición afectiva; tal combinación es lo que ha hecho posible, según Martz, esa "mezcla particular de pasión y pensamientos"⁵

Nada más lógico, si pensamos que el "witt" de los metafísicos ingleses es una especie de metáfora elaborada, que establece una analogía entre cosas totalmente disímiles; de ahí que el uso de conceptos sea especialmente característico de la poesía metafísica inglesa del siglo XVII y haya dado nombre al conceptismo español, representado especialmente por Francisco de Quevedo y por Baltasar Gracián.

Diríase que los místicos españoles están presentes, tanto en la poesía religiosa inglesa (que comprende a gran parte de los poetas metafísicos) como en la poesía francesa del XVII. Dos ejemplos nos bastarán para demostrar esta afirmación:

- ¿Qué sino la aspiración de buscar constantemente ese "mundo brillante" que parece encontrarse más allá del nuestro, y cuya autenticidad se vislumbra en la noche oscura, pero iluminada por la visión de un Dios

³ Louis L. Martz: *The Poetry of meditation*, Yale University Press, 1955.

⁴ José Ángel Valente: "Luis Cernuda y la poesía de la meditación" (*La Colmena*, nº 35/36, 2002); Valente pone de relieve la continuidad entre los místicos españoles, Unamuno y Cernuda, en este tipo de poesía "meditativa" que proviene de la mística española. Sobre Cernuda y sus conexiones con la poesía inglesa es interesante el trabajo de Bernd Dietz: "Luis Cernuda, traductor de poesía inglesa y alemana", *Cuadernos Hispanoamericanos*, 1979 (350), pp. 283-299.

⁵ Ob. cit., p. 5.

sereno, es la poesía de Vaughan cuya semejanza con San Juan de la Cruz llega a ser en ocasiones desconcertante?

- ¿Qué aspiraciones místicas plasma el Padre Cyprien de la Nativité de la Vierge al traducir al poeta abulense, si no son las mismas que las del español de su misma orden religiosa?

De este esquema general proceden las grandes obras de la mística barroca francesa del XVII, comenzando por los *Théorèmes sur le sacré mystère de notre rédemption* (1613-1622) del magistrado provenzal Jean de La Ceppède, verdadero *Canzoniere*⁶ cristiano compuesto veinte años antes, y que canta en 520 sonetos la epopeya de la Pasión de Jesucristo y su Resurrección, portadora de esperanza para toda la humanidad. Otro poeta provenzal amigo de Malherbe, César de Nostredame, hijo de Nostredamus, en *Les Perles ou les larmes de sainte Madeleine* (1606) pone el acento en el carácter visual del objeto de contemplación, soporte gráfico de una meditación penitencial sobre la naturaleza pecadora del hombre. La poesía de la meditación inspirada por el *Eclesiastés*, o "Libro del predicador", e ilustrada por Sponde a finales del XVI⁷, es propicia al desarrollo de un tópico en el que dominan los temas barrocos de la vanidad del mundo y de la inconstancia del hombre por oposición a Dios. El satírico Pierre Motin propone en un estilo senequista y trágico una "Méditation sur le memento homo" que muestra la corrupción de la carne en la tumba, mientras que Jean Auvray se muestra obsesionado por la corrupción del cuerpo social, hecho que liga a la naturaleza pecadora del hombre en sus *Œuvres saintes* (1626) y en *La Pourmenade de l'âme dévote en Calvaire* (1633)⁸. El arrepentimiento del pecador, siguiendo el ejemplo de San Pedro y de María Magdalena, es también un tema propicio para la conversión, que ilustran el *Poème sur la Madeleine* (1635) del "abbé" Cotin, *La Madeleine pénitente* (1643) de Louis Le Laboureur, o *La Madeleine au désert de la sainte Baume* (1668) del padre Pierre de Saint-Louis. Son numerosos los poetas que, paralelamente a su obra profana, cultivan la poesía religiosa, como en

⁶ Volumen de poesía amorosa compuesto por sonetos y canciones dedicadas a una sola mujer, a imitación de las *Rime* de Petrarca.

⁷ Jean de Sponde (1557-1595): *Recueil de diverses poésies*, Paris, Raphaël du Petit-Val, 1597. Existen dos ediciones modernas de su obra editadas por A. Boase: *Stances et sonnets de la mort*, Paris, José Corti, 1947 y *Œuvres littéraires, suivies d'Écrits apologétiques*, Genève, Droz, 1978.

⁸ Jean Auvray (hacia 1580-hacia 1630); existen otros dos homónimos: un Jean Auvray sacerdote y autor de obras de piedad, muerto en 1661, y otro Jean Auvray parisino, conocido como dramaturgo a comienzos de los años treinta. Nuestro autor es de Rouen y pertenecía al medio parlamentario.

las *Œuvres* (1601) del protestante Mage de Fiefmelin, los *Poèmes spirituels* (1606) de Nervèze, los sonetos de meditación de Abraham de Vermeil, *La Trompette Spirituelle* (1605) y *Le Désert sur le mépris de la cour* (1637) de Annibal de Lortigues, las *Œuvres* de François Ménard (1613), el *Psaltérion chrétien, dédié à la Mère de Dieu, l'Immaculée Vierge Marie* (1618) de Marbeuf, las *Œuvres chrétiennes* de Vion d'Alibray recogidas en sus *Œuvres poétiques* (1653), las *Odes sacrées* (1651) y *Diverses œuvres et poésies chrétiennes* (1660) de Racan, las *Entretiens solitaires* (1660) de Brébeuf, o *La Miséricorde de Dieu* (1660) de Pierre Patrix que ilustra una devoción penitencial.

Otras obras están escritas por religiosos, teólogos o místicos que reconocen en la poesía vernácula un medio de expandir la palabra de Jesús. Así Claude Hopil transmite en *Les Douces Extases de l'âme* (1627) y *Les Divins Élancements d'amour* (1629) su experiencia del éxtasis, desarrollando una mística de la unión beatífica a través de lo inefable en una poética del oxímoron y de la paradoja que da testimonio de la influencia de los místicos españoles Santa teresa y San Juan de la Cruz, cuyos *Cánticos espirituales* llegan a ser no sólo imitados, sino traducidos. El jesuita Pierre Le Moyne publica sus *Hymnes de la sagesse divine et de l'amour divin* (1641), precediéndolos de un *Discours* en el que elogia el entusiasmo poético inspirado por el amor divino que eleva el alma a la contemplación divina. Otro jesuita, Jean de Bussièrès, en *Les Descriptions poétiques* (1649), elige partir de una descripción de las criaturas, con un tratamiento similar al de la poesía conceptista, para luego elevarse, por medio de alegorías, a una meditación que, siguiendo el ejemplo del padre Bidet (1621), reconoce en las criaturas, incluso en las más pequeñas, la grandeza del Creador. Asimismo, el padre Martial de Brives eleva un canto de acción de gracias al Creador en sus *Œuvres poétiques et saintes* (1653) y en *Le Parnasse séraphique* (1660). Por lo que se refiere a los jansenistas, al comienzo de la disputa de *Augustinus*, el célebre "Solitaire de Port-Royal", Robert Arnaud d'Andilly, publica sus *Œuvres chrétiennes* (1642). En 1659 el recoleto Zacharie de Vitré publica sus *Essais de méditations poétiques*, seguidos de sonetos sobre la Pasión de Jesucristo en la estela de La Ceppède. Bajo el reinado de Luis XIV, el místico François Malaval da a la prensa *Poésies spirituelles* (1671), antes de ser inquietado por la disputa del quietismo cuya principal representante, Mme Guyon, publica en 1685 sus *Poésies spirituelles*. Por último, Laurent Drelincourt, pastor de Niort y uno de los raros poetas protestantes del XVII, se revela como un gran poeta místico con sus *Sonnets chrétiens* (1677), que constituyen en el reinado del Rey Sol el equivalente de los *Théorèmes* de La Ceppède, con los que comparte el gusto por las metáforas cosmológicas y solares en la corriente de poesía mística.

Al lado de estas obras ambiciosas y a menudo exigentes las paráfrasis de los salmos, inauguradas en el siglo anterior por los hugonotes en su preocupación por hacer acceder a Las Escrituras incluso a los no doctos, se multiplican bajo la impulsión de la Contrarreforma hasta llegar a constituir un género autónomo, que expande la Palabra entre los laicos gracias al soporte universal del canto. Numerosos poetas tales como Bertaud, Du Perron, Malherbe, Frénicle, Arbaud de Porchères (hermano del más conocido Laugier de Porchères) y Habert de Cerisy parafrasean los salmos, sobre todo los de la penitencia, rimados entre otros por Boisrobert (1627) y Racan (1631). Pero será Antoine Godeau, asiduo del Hôtel de Rambouillet y desde 1636 obispo de Grasse y de Vence, quien representará mejor la fecundidad del género emprendiendo desde 1635 la paráfrasis no sólo los salmos, en *Paraphrase des Psaumes de David en vers français* (1648) que el gran epistológrafo Guez de Balzac saludará en su *Socrate chrétien* (1652) como un modelo del género, sino también en *Cantiques* (1637), *Épîtres de saint Paul* (1632-1640) y diversos poemas religiosos publicados en las ediciones sucesivas de *Œuvres chrétiennes* (1633-1660). Siguiendo su ejemplo numerosos poetas laicos, e incluso mundanos, cultivarán la paráfrasis, como son Malleville, Gombauld, Tristan l'Hermite, Pinchesne, Vion d'Alibray y Benserade, que publica al comienzo de su carrera *Paraphrases sur les IX leçons de Job* (1638) y termina su vida a finales del siglo rimando los salmos. El *Recueil de poésies chrétiennes et diverses*, editado por La Fontaine en 1671, es un buen ejemplo de cómo los poetas más libres de pensamiento consagran buena parte de su vida a la poesía religiosa.⁹

⁹ En conjunto, puede servir de faro para este tipo de poesía el soneto escrito por el químico y político parisino Antoine de Fourcroy (1755-1809), titulado *l'Homme libre*, que transcribimos a continuación:

Je me ris des honneurs que tout le monde envie,
Je méprise des grands le plus charmant accueil,
J'évite les palais comme on fait un écueil
Où pour peu de sauvés mille ont perdu la vie.

(Me río de los honores que todo el mundo ansía,
desprecio de los grandes la agradable acogida,
evito los palacios cual si fueran escollos,
pues si algunos salváronse mil perdieron la vida.

Je fuis la cour des rois autant qu'elle est suivie,
Le Louvre me paraît un funeste cercueil,
La pompe qui le suit, une pompe de deuil
Où chacun va pleurant sa liberté ravie.

Huyo de cortes reales cuanto más concurridas,
el Louvre me parece un infausto sarcófago,
la pompa que lo escolta, una pompa de duelo
donde cada uno llora su libertad extasiada.

Loin de ce grand écueil, loin de ce grand tombeau,
En moi-même, je trouve un empire plus beau;
Rois, cour, honneurs, palais, tout est en ma puissance.

Lejos de este gran lastre, lejos de esta gran tumba,
el dentro de mí yo encuentro un reino más hermoso;
reyes, cortes, honores, todo está en mí en potencia.

Pouvant ce que je veux, voulant ce que je puis,
Je tiens tout sous la loi de mon indépendance.
Enfin les rois sont rois: je suis ce que je suis.

Pudiendo cuanto quiero y cuanto se me ofrece,
todo a la ley someto de mi independencia.
Pues los reyes son reyes, y yo soy lo que soy).